

Cuando en el mes de octubre de 1936, María Zambrano llega a La Habana y, a las pocas horas, conoce a José Lezama Lima, comenzaba a desenvolverse lo que apenas tres años después sellaría un destino, el de su entrefiable relación con Cuba. Casi al final de su vida, al recordar aquel tiempo y aquel encuentro, escribirá que «aquel joven pertenecía a mi vida esencial» y que «fue un encuentro sin principio ni fin».¹ En 1939, cuando vuelve a pasar por La Habana, venía como la desterrada, la peregrina que ya siempre fue. Como una «misionera», la describe Medardo Vitier.² Conciencia, voz, memoria, de la España verdadera en el destierro. Como es conocido, desde ese año y hasta 1984 María Zambrano vive fuera de España. En Cuba, concretamente en La Habana, permanecerá, con temporales estancias en Puerto Rico y Francia, desde 1940 hasta 1953. Es decir, que su destierro en América y señaladamente en Cuba duró cerca de 14 años para después prolongarlo en Europa —Francia, Roma y Ginebra— durante 31 años. Pero ella no se sentía desterrada sólo de España sino también de Europa. De ahí que la historia de España y la historia de Europa fueran padecidas desde entonces por María Zambrano como parte inseparable de su destino personal.

En cierto sentido, en 1939, cuando María Zambrano cruza la frontera de España hacia Francia, ya derrotada la República, comenzaba también una suerte de «viaje iniciático», su «descenso a los inferos», su destino órfico. «Yo la figura de Orfeo —dice en una entrevista—, más que verla, la siento. Orfeo es el mediador con los inferos. Y eso sí que ha sido un gozoso y penoso descubrimiento mío: la mediación con los inferos. Yo no creo que se pueda ascender sin dejar algo abajo. Por eso he aceptado el escribir, y el hablar, y el vivir la historia. Y la oración [...] La oración va más allá de todo. Puede atravesar las mismísimas esferas...».³ Así, su viaje, su «senda órfico pitagórica», es inseparable de su experiencia de la historia. En una carta a Virgilio Piñera, fechada en Puerto Rico, en 1941, ante los deseos de Piñera de viajar a la Argentina, por su intensa vida intelectual en contraposición a La Habana, María Zambrano le confiesa: «Yo he preferido estas islitas sin embargo o tal vez por eso mismo, pues el mejor europeo de hoy, es decir la mejor vocación europea, creo que es la de las catacumbas, y es desde luego la que yo tengo».⁴ En otro texto, «Sobre la iniciación», dirá: «Todos los iniciados tienen necesidad de una ciudad, de un lugar. A veces les es más necesario este lugar que la palabra».⁵ Esa convicción tal vez explique la profunda relación amorosa, esencial, que establecía con los lugares que iba habitando, y aclare además el profundo sentido de la confesión siguiente:

Los diez poetas del grupo Orígenes de Lezama y su revista, en cuya fundación yo tuve parte anónima y decisivamente, me fueron presentados. Me pidieron ayuda para que su labor tuviera el reconocimiento que merecía. Les prometí que así lo haría en mis colaboraciones en revistas de prestigio de América y Europa. Uno de los diez, Cintio Vitier, me respondió: «No, María; nosotros somos de aquí, queremos ser recono-

1 Zambrano, María: «Breve testimonio de un encuentro inacabable», en José Lezama Lima: *Paradiso*, edición crítica, Cintio Vitier coordinada. Colección Archivos, Madrid, 1988.
2 Vitier, Medardo: «Un libro de María Zambrano», *Diario de la Marina*, a. CXIX (221): 4, La Habana, sábado 15 de septiembre de 1951.

3 Colinas, A.: «Sobre la iniciación (conversación con María Zambrano)», *Cuadernos del Norte*, (38): 4, 1986.

4 Zambrano, María: «Carta a Virgilio Piñera», *Albur*, órgano de los estudiantes del I.S.A., a. III, n. Especial V, Ciudad de La Habana, 1990.

5 Colinas, A.: ob. cit.

cidos aquí.» Le di entonces mi primer artículo para *Orígenes*. Este ser «de aquí» resonó en mí avasalladamente: este «aquí» era el lugar universal que yo había presentido y sentido en la presencia de José Lezama Lima, quien nunca había querido exiliarse. Él era de La Habana como Santo Tomás era de Aquino y Sócrates de Atenas. Él creyó en su ciudad.⁶

Mas por ese profundo y trágico entreveramiento de su vida con la historia —vida o historia verdaderas, en oposición a la vida y a la historia apócrifas, tal y como ella las distinguió siempre en su pensamiento—, en 1943, en un ensayo publicado en La Habana, y que tituló «Las catacumbas», María Zambrano precisa y ensancha el significado de su comentario a Piñera. Sí, en efecto, sentía a estas «islitas» como unas catacumbas, mas con el sentido cristiano del «descendimiento», o con el de ese «entremos más adentro en la espesura» de la «Noche Oscura» de San Juan. Dice: «como el grano de trigo en los misterios de Eleusis para salir luego a la luz», como paso previo a una añorada resurrección, porque, insiste, «nadie entra en la nueva vida sin pasar por una noche oscura, sin descender a los infiernos según reza el viejo mito sin haber habitado alguna sepultura».⁷ Por eso se sintió tan cerca del orfismo lezamiano, «católico órfico, según él mismo se declaró», dice, y considera a *Paradiso* «una obra auténticamente dentro de la tradición órfica»,⁸ y se reconocía en su creencia en la resurrección. Por eso acaso describió mejor que nadie a esa «Cuba secreta», subterránea pero esencial, Cuba verdadera que latía bajo la Cuba apócrifa de la pseudorepública.

Con otro sentido concurrente, su vida estuvo marcada simbólicamente por aquellas palabras de Jesús o Nicodemo sobre la necesidad de renacer. Apenas nacida, se

debate entre la vida y la muerte. Después, en 1928, una grave enfermedad hace peligrar su vida. En su prolongada convalecencia siente la necesidad de renacer, según confiesa en su libro autobiográfico *Delirio y destino*, escrito en La Habana en el verano de 1952, y expresa allí que entonces vivió «una suerte de estado prenatal».⁹ Mas en 1948, en su ensayo «La Cuba secreta», afirmará que encontró en Cuba a su patria prenatal. En una carta a Lezama, fechada en Roma, el 1ro de enero de 1956, María Zambrano escribe:

Veo que dejé raíces en La Habana donde yo me quedé por sentir las muy en lo hondo de mí misma. En aquel domingo de mi llegada en que le conocí, la sentí recordándomela, creía volver a Málaga con mi padre joven vestido de blanco —de alpaca— y yo niña en un coche de caballos. Algo en el aire, en las sombras de los árboles, en el rumor del mar, en la brisa, en la sonrisa y en su misterio familiar. Y siempre pensé que al haber sido arrancada tan pronto de Andalucía tenía que darme el destino esa compensación de vivir en La Habana tanto tiempo, pues que las horas de la infancia son más lentas. Y ha sido así. En La Habana recobré mis sentidos de niña, y la cercanía del misterio, y esos sentires que eran al par del destierro y de la infancia, pues todo niño se siente desterrado. Y por eso quise sentir mi destierro allí donde se me ha confundido con mi infancia.¹⁰

En un texto muy posterior, escrito en 1977, ensanchando cada vez más las ondas de su pensamiento, afirmará que «La verdadera historia [...] es en verdad prenatal, y para no inculcar a los padres inmediatos, diríamos mejor y más justamente, ancestral».¹¹ Por eso tuvo fe en el renacimiento y en la resurrección de la vida y de la historia verdaderas. Y por eso

6 Zambrano, María: «Breve testimonio de un encuentro inacabable», *ibid.* cit.

7 Zambrano, María: «Las catacumbas», *Revista de La Habana*, a. I, t. 6 (6): 527-530, La Habana, febrero, 1943.

8 Zambrano, María: «Breve testimonio de un encuentro inacabable», *ibid.* cit.

9 Zambrano, María: *Delirio y destino. (Los veinte años de una española)*, Mondadori, Madrid, 1989.

10 Zambrano, María: «Carta a José Lezama Lima», fechada en Roma, el 1ro de enero de 1956, manuscrito en Biblioteca Nacional José Martí, reproducida en revista *Albur*, órgano de los estudiantes del I.S.A., Ciudad de La Habana, 1992.

11 Zambrano, María: «Prólogo», *Senderos*, Anthropos, Barcelona, 1986, p. 8.

dos de sus visiones, de sus vivencias primordiales, fueron las del alba y la aurora, también de cierta manera vinculadas con Cuba. En otra carta a Lezama, fechada el 16 de febrero de 1976, le confiesa: «en La Habana he visto, bebido más que en parte alguna el alba, el alba hasta que salía el Sol que me asustaba»,¹² y le envía a Lezama un fragmento de su libro inédito *De la Aurora*. Pero como advertíamos, también tuvo fe en el advenimiento, en el alba de la historia verdadera. Como Martí, con Cuba, tuvo fe María Zambrano en el sentido trascendente de la República española, y escribe: «una nueva vida, un nuevo mundo, hubiera quedado fundado para siempre. Y la revolución verdadera andaría desde aquel entonces en la libertad inacabable. Una nueva vida habría al fin atravesado el dintel que le oprime la historia habida hasta ahora: la historia sacrificial».¹³ Y añade: «Esta guerra así vivida merecía haber sido ganada plenamente y con ella el final de todas las guerras. Haber sellado el fin de toda guerra. Y que se hubiera transformado el sacrificio en constante ofrenda».¹⁴ Y ello porque, como escribe además: «El movimiento propio de la vida, y por tanto de la libertad, y la historia verdadera no es negarse dialécticamente para afirmarse después, sino darse hasta extinguirse y sin cesar para encenderse de nuevo».¹⁵ Como una incesante aurora, nos atreveríamos agregar. Pero esta fe en la resurrección, en lo trascendente, vale tanto para la vida como para la historia. Por eso en su sobrecogedor ensayo sobre José Martí, «Martí, camino de su muerte», donde lo evoca a través de las páginas de su *Diario de Dos Ríos*, en el significativo año de 1953, en que Lezama escribe en su «Secularidad de José Martí» que: «Sorprende en su primera secularidad la viviente fertilidad de su fuerza como impulsión histórica, capaz de saltar las insuficiencias toscas de lo inmediato, para avisarnos las cúpulas de

12 Zambrano, María: «Carta de José Lezama Lima», fechada en La Piéce, el 16 de febrero de 1976, manuscrito en Biblioteca Nacional José Martí, reproducida en revista *Albur*, órgano de los estudiantes del I.S.A., Ciudad de La Habana, 1992.

13 Zambrano, María: «La experiencia de la Historia. (Después de entonces)», *Senderos*, ed. cit., p. 20.

14 *Ibidem*.

15 *Ibidem*, p. 22.

los nuevos actos nacientes»,¹⁶ en su ensayo sobre Martí, repito, escribe María Zambrano: «Habría de caer para levantarse en una doble existencia; allí donde ya no hay más lluvia que sufrir y aquí, como un desvelado guardián de su pueblo, pura voz para ser oída en el silencio».¹⁷ Así siente también Cintio Vitier a Martí, en su poema «Guardia nocturna. Frente al monumento a Martí», cuando expresa en su comienzo: *Yo estoy aquí de paso, cuidando un edificio, / pero el que está de guardia permanente eres tú*, y en su término: *estás sentado al centro de la noche infinita: / Gran Semí, jeroglífico de un invisible Sol*.¹⁸ María Zambrano, en su libro *De la Aurora* habló de Nietzsche y de su maestro Ortega y Gasset, como seres de la aurora, mas también, en el ensayo escrito a raíz de la muerte de Lezama: «Hombre verdadero: José Lezama Lima», ve al poeta cubano como un ser auroral, y como se conoce por una carta a María Luisa Bautista, viuda de Lezama, alguna vez rezó, pensando en su amigo muerto, ante la inextinguible llama de un solitario cirio, con un canto a la Aurora: «Oh luz manifestada que iguala al ojo con el Sob». ¹⁹ Porque tanto Lezama, desde su vía órfico católica, como María Zambrano, desde su senda de iniciación órfico pitagórica, creyeron en la resurrección, y en esa «vita nova», en ese «Incipit vita nova», de Dante Alighieri, al que alude María Zambrano en su *Claros del Bosque*. Y así como Lezama en su *Paradiso*, primero, y en su ensayo «El 26 de julio: imagen y posibilidad», después, escribe: «Pero la imagen tiene que estar al lado de la muerte, sufriendo la abertura del arco en su mayor enigma y fascinación, es decir, en la plenitud de la encarnación, para que la posibilidad adquiera un sentido y se precipite en lo temporal histórico»,²⁰ María Zambrano, en *Delirio y destino*, sentencia que «El pensamiento [...] tiende a hacerse sangre».²¹

16 Lezama Lima, José: «Secularidad de José Martí», *Imagen y posibilidad*, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1981, p. 198.

17 Zambrano, María: «Martí, camino de su muerte», *Bohemia*, a. 45, (5): 45, 83, La Habana, febrero 1953.

18 Vitier, Cintio: «Guardia nocturna», *La fecha al pie*, Ediciones Unión, Ciudad de La Habana, 1981, p. 38.

19 Zambrano, María: «Carta inédita a María Luisa Bautista», viuda de José Lezama Lima, fechada en La Piéce, el 19 de julio de 1977, manuscrito en Biblioteca Nacional José Martí.

20 Lezama Lima, José: «El 26 de julio: imagen y posibilidad», *Imagen y posibilidad*, ed. cit., p. 19.

21 Zambrano, María: *Delirio y destino. (Los veinte años de una española)*,

De estas concurrencias cosmovisivas, históricas, poéticas vivenciales, se tejen muchas de las correspondencias, afinidades, fecundaciones, que existen entre Lezama, Vitier, Fina García Marruz, Orígenes mismo, Cuba y María Zambrano y su España verdadera; entre la historia, la Cuba secreta de Orígenes —y no lo era sólo de Orígenes—, y la historia, la España secreta de María Zambrano. Esa historia y vida verdaderas, nutridas de una intra historia, según expresión de Unamuno, y a la que se refiere tantas veces María Zambrano eran entonces tanto la República moral española como la República moral de Martí, ambas interrumpidas, y a las que les confirieron tanto Martí como María Zambrano un sentido mucho más trascendente que el histórico inmediato, viéndolas y comprendiéndolas ambos como nuncios de la verdadera libertad, la libertad total del hombre, fin de la historia sacrificial y comienzo de la historia verdadera, trascendente, de la vida nueva... Y se debe precisar que María Zambrano creía en ello aún desde la experiencia del fracaso, o acaso por ello mismo también. Dice: «la caída o despeñamiento de todo lo que se alza como promesa, de toda anunciación. Lo que se llaman épocas revolucionarias son épocas de anunciación. La revolución, toda revolución, hasta ahora no ha consistido sino en una anunciación —tal la más honda que marca a este Occidente, la propuesta por el cristianismo—. Y su vigor se ha de medir por los eclipses y caídas que soporta». ²² Por eso María Zambrano descreo hasta el final de su vida que la «democracia», tal y como se entiende este concepto político en Occidente, sea el fin de la historia sacrificial, pero mucho menos entonces, como se preconiza ahora, que pueda encarnar el fin de la historia o una suerte de post-historia, porque para ella, escribe, «la verdadera historia —interrumpida siempre hasta ahora, cierto es» ²³ (precisa) no se ha cumplido todavía pues apenas estamos en su «dintel».

ed. cit., p. 48.

22 Zambrano, María: «La experiencia de la Historia. (Después de entonces)»

ob. cit., p. 16.

23 *Ibidem*, p. 24.

Dentro de esta fe histórica y trascendente, y desde la trágica experiencia del fracaso de la República española, que en otro plano no significa otra cosa que esa, su manera de asumir el imposible histórico, que también padecía entonces Cuba y dentro de ella la generación de Orígenes, es que lanza María Zambrano su clarividente profecía en «La Cuba Secreta». Recordémosla:

Ahora un libro de poesía cubana [se refiere a *Diez poetas cubanos. 1937-1947*, antología de los poetas origenistas hecha por Cintio Vitier] me dice que mi secreto, Cuba, lo es en sí misma y no sólo para mí [...] ¿Será que Cuba no haya nacido todavía y viva a solas tendida en su pura realidad solitaria? Los «Diez poetas cubanos» nos dicen diferentemente la misma cosa: que la isla dormida comienza a despertar como han despertado un día todas las tierras que han sido después historia. ²⁴

A través de estas palabras pueden comprenderse mejor, incluso, los juicios de Lezama sobre la imagen como causa secreta de la historia, su tesis de la «profecía», desarrollada en su comentario sobre el poemario de Cintio Vitier, *Extrañeza de estar*, así como el tema común a Orígenes del imposible histórico, y la fe lezamiana de la encarnación futura de la imagen, de la poesía, en la historia. ²⁵ Es desde estos sentidos también como seguramente interpreta Vitier las palabras de María Zambrano en sus «Lecciones finales» de su libro *Lo cubano en la poesía*. Ella misma aclara que «es de esperar que no se interprete este pensamiento como negación de lo que Cuba ha conquistado de Historia, ni como desvalorización de lo que ha producido y anda en vías de producir de pensamiento. Despertar poético, decimos, de su íntima substancia, de lo que ha de ser el soporte, una vez revelado, de la

24 Zambrano, María: «La Cuba secreta», en *Orígenes*, a. V, (20): 3-9, La Habana, invierno, 1948.

25 Consúltese: José Lezama Lima: «El 26 de julio: imagen y posibilidad», «Después de lo raro, la extrañeza», «Señales. La otra desintegración», en *Imagen y posibilidad*, ed. cit.; «A partir de la poesía», «La imagen histórica», en *La cantidad hechizada*, Ediciones Unión, La Habana, 1970.

Historia y que ha de acompañar el pensamiento como su música interna»,²⁶ aclaración que hace más cercana la correspondencia de su pensamiento con la lezamiana encarnación de la poesía en la historia. Y para que no quede ninguna duda al respecto, puede citarse un comentario que escribió María Zambrano en España, en 1937, en plena guerra civil, sobre una conferencia sobre la poesía cubana que impartió allí Juan Marinello y un recital de poesía de Nicolás Guillén, cuando asistieron ambos al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Dice allí:

Las líneas de evolución de la poesía cubana se mostraron claramente dibujadas ante nosotros, viniendo a converger todas ellas en el esfuerzo terrible que el destino de esta hora —de España y de Cuba— manda. Después de escuchar a Marinello una gran confianza se reafirma en nosotros, confianza en la universalidad de nuestros combates y en la herencia verdadera de nuestros pueblos.²⁷

Esas «islas» que María Zambrano sintiera como unas luminosas catacumbas, esas islas de resurrección, acaso sus «ínsulas extrañas», fueron tema de profunda meditación para la pensadora. Su recuerdo latía seguramente tras estas líneas que le escribe en 1979 a Cintio Vitier:

Y así lo que yo les daba era lo que en mí ardía, la llamita de la resurrección ya, que no hubiera ardido en mí con tanta inocencia si ustedes no la hubiesen abrigado, abrigando la mía por abrirla ya en el fondo de su ser individual y de su historia o modo de vivirla. La historia prometida, la única cierta, la única que pudo arrancarnos del Paraíso preparado ya para ello.²⁸

En 1940, en su libro publicado en La Habana, *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*,

26 Zambrano, María: «La Cuba secreta», ed. cit.

27 Zambrano, María: «Dos conferencias en la Casa de la Cultura», *Hora de España*, (IX): 72-74, Valencia-Barcelona, octubre, 1937.

28 Zambrano, María: «Carta inédita a Cintio Vitier», fechada en Ferney-Voltaire, el 9 de marzo de 1979, manuscrito de Cintio Vitier.

María Zambrano aborda el tema de lo insular. Ya Lezama Lima, en 1938, había lanzado el tema de la insularidad, en su *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*. Y en 1939, en carta a Cintio Vitier, le habla de la necesidad de ir conformando «una Teleología Insular».²⁹ Precisamente en el ejemplar de *Isla de Puerto Rico* ... que perteneció a Lezama, se lee la siguiente dedicatoria de María Zambrano: «A José Lezama Lima, quien ha sentido y pensado sobre las Islas». Allí, después de hacer un esbozo histórico del significado de las islas como utopía, hace esta sorprendente afirmación de España: «Isla más que península Ibérica».³⁰ Y singularmente alude a una fecha clave tanto para España como para Cuba: 1898. No puede dejar de recordarse —como hace Fina García Marruz en su prólogo a *Flor oculta de poesía cubana*— que «Martí hablaba [y cita ahora a Martí] de "la fuerza gloriosa de las islas, que parecen hechas para recoger del ambiente el genio y la luz", y de nuestras tierras "surgidas de aguas azules" —no de un desprendimiento continental».³¹ No está de más tampoco transcribir el inicio del capítulo «Desde La Habana a París», de su libro *Delirio y destino*:

Habían pasado los días cayendo como gotas de luz, en esta isla apenas posada sobre las aguas. En esta isla en la luz, más que en el mar. Luz que la guardaba a veces como en un fanal azul y a veces la dejaba al descubierto, a la intemperie del fuego solar y de la Luna. En el «invierno» la Isla es como una plataforma de tierra vuelta hacia los astros, como si flotara en el océano luminoso u oscuro del espacio interestelar. [...] Su «noche oscura» había estado poblada de luces, de lámparas ocultas en «las catacumbas» y ella las había

29 Vitier, Cintio: «De las cartas que me escribió Lezama», *Coloquio Internacional sobre la obra de José Lezama Lima. Poesía*, Espiral, Madrid, 1984.

30 Zambrano, María: *Isla de Puerto Rico. (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*, La Verónica, La Habana, 1940, p. 13.

31 García Marruz, Fina: «Prólogo», en: Cintio Vitier y Fina García Marruz: *Flor oculta de la poesía cubana (siglos XVIII y XIX)*, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1978, p. 20.

visto, sentido más bien, desde esta luz regalada por la naturaleza tan pródigamente.³²

Ahora bien, en 1948, en su ensayo «La Cuba Secreta» sus juicios se van a desenvolver dentro de una dimensión más trascendente, desde su razón poética. Allí, siente en Cuba un «ancestral amor», un «carnal apego». Y añade que:

sólo unas cuantas sensaciones por primarias que sean no pueden «legalizar» la situación de estar apegada a un país. Algo más hondo ha estado sosteniéndola. Y así, yo diría que encontré en Cuba mi patria pre-natal. El instante del nacimiento nos sella para siempre, marca nuestro ser y su destino en el mundo. Mas, anterior al nacimiento ha de haber un estado de puro olvido, de puro estar yacente sin imágenes; escueta realidad carnal con una ley ya formada; ley que llamaría de las resistencias y apetencias últimas. Desnudo palpitar en la oscuridad; la memoria ancestral no ha surgido todavía, pues es la vida quien la va despertando; puro sueño del ser a solas con su cifra. Y si la patria del nacimiento nos trae el destino, la ley inmutable de la vida personal que ha de apurarse sin descanso —todo lo que es norma, vigencia, historia—, la patria pre-natal es la poesía viviente, el fundamento poético de la vida, el secreto de nuestro ser terrenal. Y así, sentí a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como substancia misma. Cuba: substancia poética visible ya. Cuba: mi secreto.³³

¿Qué hacer frente a tan sobrecogedora confesión? No habrá que insistir mucho en la resonancia que un planteamiento de esta naturaleza tuvo para el Grupo Orígenes, el cual constituye el movimiento poético más importante de la cultura cubana, y no sólo por la profusión de sus poetas, ni siquiera por su calidad sino, sobre todo, porque fue el primer movimiento que dotó a la poesía cubana de un carácter

cosmovisivo, que profundizó en el conocimiento de la realidad desde un irreductible conocimiento poético, y, desde él, fijó en imágenes perdurables, universales, nuestra substancia, nuestro ser insulares. De ahí que María Zambrano se refiera a «cuando una tierra dormida despierta a la vida de la conciencia y del espíritu por la poesía», como «el instante en que van a producirse las imágenes que fijan el contorno y el destino de un país».³⁴ Pero lo que es más significativo aún, es que este «raro vislumbre» sobre la trascendencia del misterio poético origenista vaya acompañado, también —como ya se ha tenido ocasión de comprobar—, de una profética trascendencia histórica. Sin embargo, esta religación no es casual dentro del pensamiento de María Zambrano, pues ya desde 1939, en sus libros *Filosofía y poesía* y *Pensamiento y poesía en la vida española*, la filósofa andaluza se había pronunciado por un «nuevo saber [que sea] poético, filosófico e histórico», «un saber de reconciliación»,³⁵ y alude a «El poeta que siente la filosofía como última perspectiva de su poesía; el filósofo que no se conforma con usar de la razón, que no se resigna a renunciar a la belleza; el historiador que se sentía penetrado por el tedio de las citas, o la mezquindad del hecho».³⁶ Pero sobre todo había afirmado que «La poesía unida a la realidad es la historia», que «la realidad es poesía al mismo tiempo y al mismo tiempo historia».³⁷ ¿No profundizó acaso María Zambrano, en un importante ensayo publicado en Cuba, «Para una historia de la piedad»,³⁸ integrado posteriormente a su libro *El hombre y lo divino*, en la piedad como conocimiento? Pero es que, además, la asunción, no conceptual, teológica solamente, sino sobre todo «vital», e integrada entrañablemente a su pensamiento —a la «razón vivificante», diría Ortega y Gasset—, de la encarnación cristiana, supone las nupcias indiscernibles del verbo y la

32 *Ibidem*.

33 Zambrano, María: *Pensamiento y poesía en la vida española*, F.C.E., «La casa de España en México», México, 1939, p. 21.

34 *Ibidem*, p. 24.

35 *Ibidem*, p. 3.

36 Zambrano, María: «Para una historia de la piedad», en *Lyceum* 5 (17): 6-13, La Habana, febrero, 1949.

32 Zambrano, María: «Desde La Habana a París», *Delirio y destino*, ed. cit.
33 Zambrano, María: «La Cuba Secreta», ed. cit.

came, del espíritu y la realidad, de la poesía y la historia. Y precisamente los origenistas integran a su pensamiento, a su poesía, aquello que, al decir de María Zambrano, «en el cristianismo es vida, caridad, misericordia, encarnación».³⁹ Asimismo, si los origenistas tratan de aprehender la historia a través del conocimiento poético, ello sucede porque, como también expresaba María Zambrano, lo hacen «No por la pura razón, sino por la razón poética».⁴⁰ Razón poética siempre amistada con lo particular, con la temporalidad de lo histórico, con ese mundo de las apariencias que Ortega y Gasset y María Zambrano apetecían salvar, pero también con lo trascendente en la historia, en la realidad, en la vida.

Pero ese juicio de María Zambrano en «La Cuba Secreta» se explica también por la ascendencia órfica de su pensamiento, así como su proyección, digamos, místico-católica, a la que traté de aproximarme, siquiera parcialmente, en un texto anterior, «María Zambrano y José Lezama Lima: una comunión en torno a la Noche Oscura de San Juan de la Cruz»,⁴¹ donde se establecen algunas correspondencias entre el orfismo lezamiano y el de la autora de *Claros del bosque*. Allí se aprecia que la aproximación más esencial que puede hacerse entre Lezama y María Zambrano tiene que ver con la tendencia general, cosmovisiva de sus respectivos pensamientos: la búsqueda de una unidad, el afán por entregar un saber unitivo. María Zambrano, en un importante ensayo sobre San Juan de la Cruz, y que fuera publicado en Buenos Aires y en España, pero también en Cuba, en la revista *La Verónica*, en 1942, aprecia en él su «maravillosa unidad de poesía, pensamiento y religión»,⁴² unidad igualmente presente tanto en Lezama como en María Zambrano. Ambos poseyeron una sabiduría de la luz —del Espíritu Santo, de esa «llama de amor viva»— y del orfismo

nocturno —porque el orfismo presupone el sacrificio, pero también la luz. Ambos, pues, «descendieron» a la muerte antes de morir. En una carta con motivo de la muerte de Araceli, hermana de María Zambrano, Lezama le escribe: «Pero Ud. es de las personas que saben con gran precisión que nacemos antes de nacer y morimos antes de morir. Yo diría con cierta temeridad que tanto el nacimiento como la muerte de los que nos rodean y que queremos, nos es desconocido y que nunca lo podremos precisar».⁴³ Y precisamente a propósito de la mística de San Juan de la Cruz, aventura María Zambrano esa idea tan persistente en su propio saber acerca de ese estadio, frontera, umbral, confin intermedios. Dice, a tenor del poema juanino «Canciones del alma, que se goza de haber llegado al alto estado de perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual», más conocido como la «Noche Oscura» —y repárese en las equivalencias con el estado prenatal y su final solución poética, presentes en el fragmento citado anteriormente de «La Cuba Secreta»—:

Parece que sólo la muerte sería el término de esta salida; pero no es así. Aunque parezca imposible, existe un medio entre la vida y la muerte. San Juan nos muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte; que hay un reino más allá de esta vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas. No ha sido un abandono de la realidad, sino un internarse en ella, un adentrarse en ella, «entremos más adentro en la espesura». Por eso no es la *nada*, el vacío lo que aguarda el alma a su salida; ni la muerte, sino la poesía en donde se encuentran en entera presencia todas las cosas.⁴⁴

39 Zambrano, María: *Pensamiento y poesía en la vida española*, ed. cit., p. 38.

40 *Ibidem*, p. 71.

41 Arcos, Jorge Luis: «María Zambrano y José Lezama Lima: una comunión en torno a la Noche Oscura de San Juan de la Cruz», en *Albur*, órgano de los estudiantes del I.S.A., Año IV, Número Especial, Ciudad de La Habana, pp. 174-177, mayo, 1992.

42 Zambrano, María: «San Juan de la Cruz», *La Verónica*, a. 1, (6): 184-192, 195, La Habana, 30 de noviembre, 1942.

43 Lezama Lima, José: «Carta a María Zambrano», fechada en La Habana el 2 de febrero de 1974, *Revista Biblioteca Nacional José Martí*, XXIX (2): 86, La Habana, mayo-agosto, 1988.

44 Zambrano, María: «San Juan de la Cruz», ed. cit.

En «La Cuba Secreta», al referirse al orfismo poético, señala: «Y así la poesía habitará como verdadera intermediaria en el obscuro mundo infernal y en el de la luz, donde las formas aparecen». ⁴⁵ Y ya, antes, había reparado en el orfismo poético lezamiano. Ciertamente, a la luz de estos juicios de María Zambrano, sería muy difícil negar la presencia en su propio pensamiento de aquella mística creadora, de aquella noche oscura de San Juan de la Cruz. Asimismo, San Juan fue una presencia importante en el pensamiento de Lezama como ya ha advertido Fina García Marruz. ⁴⁶ Esa mística creadora ofrecía, pues, sus primeras muestras en su ensayo «La Cuba Secreta», en 1948, aunque no alcanzara su plenitud hasta un libro como *Claros del bosque* (1977), sobre el que Cintio Vitier ha afirmado que es para él «el texto espiritual más profundo y más lleno de gracia que se ha escrito en español desde los tiempos de San Juan de la Cruz». ⁴⁷ En una carta que escribiera en 1990 a Cintio Vitier y Fina García Marruz, les dice: «...como siempre vuestras letras me llegan muy adentro del corazón, del alma. Os sigo viendo como eráis cuando vinisteis a mí ¿de parte de Lezama? No, de parte de vosotros mismos. Ahora que estoy tan cerca como entonces del pensar y del sentir de San Juan de la Cruz, os siento a vosotros si cabe más cercanos». ⁴⁸

Otro libro suyo, de tan alto linaje espiritual como *Claros del bosque*, sería *De la Aurora* (1986). Precisamente como «pensador de la Aurora» fue calificada María Zambrano en un importante texto de la revista *Anthropos*, ⁴⁹ que en 1987 se le dedicara íntegramente a María Zambrano. Allí, en un texto suyo, «A modo de autobiografía», confiesa su deuda con Ortega y Gasset, de quien siempre se consideró humildemen-

te su discípula —y lo fue, sólo que en un sentido creador, independiente. Precisamente en ese texto y en *De la Aurora*, aísia el punto a partir del cual su pensamiento tomó un camino propio. En el capítulo «Los seres de la Aurora», del libro aludido, rememora aquel «logos del Manzanares», humilde río que atraviesa Madrid. Ortega y Gasset, en el prólogo a su libro *Meditaciones del Quijote* (1914), efectivamente expresa: «Hay también un logos del Manzanares: esta humildísima ribera, esta líquida ironía que lame los cimientos de nuestra urbe, lleva, sin duda, entre sus pocas gotas de agua alguna gota de espiritualidad». ⁵⁰ «Es un logos órfico», dice María Zambrano, «aunque Ortega no lo presentara nunca así [...] La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del logos [expresa en el "logos del Manzanares"], me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética; razón, quizá, la única que pudiera hacer, de nuevo, encontrar aliento a la filosofía para salvarse —al modo de una circunstancia— de las tergiversaciones y trampas en que ha sido apesada». ⁵¹ Porque en aquel prólogo aludido, Ortega hablaba también, rememorando la escuela platónica, de la necesidad de salvar las apariencias, de descender hasta ellas y salvarlas. Así, un conocimiento de salvación, una vía amorosa, un logos órfico, de las entrañas, un saber unitivo o, como dijera ella, «de reconciliación», una verdadera encarnación, estas han sido, acaso, algunas de las «lecciones» más perdurables que pudo fecundar entre nosotros María Zambrano.

Quisiera concluir citando un fragmento de una carta de Lezama a María Zambrano, fechada el 31 de diciembre de 1975, apenas unos meses antes de morir. Lezama se refiere a los años de Orígenes y escribe:

Desde aquellos años está en estrecha relación con la vida de nosotros; eran años de secreta meditación y

45 Zambrano, María: «La Cuba Secreta», ed. cit.

46 García Marruz, Fina: «La poesía es un caracol nocturno», *Coloquio Internacional sobre la obra de José Lezama Lima*, ed. cit.

47 Vitier, Cintio: «Lecciones de María Zambrano», «María Zambrano. Papeles para una poética del ser», en *Litoral*, Tomo II, (124-125-126) Málaga 1983.

48 Zambrano, María: «Carta inédita a Cintio Vitier y Fina García Marruz, fechada en Madrid, 6 de noviembre de 1990, manuscrito de C.V. y F.G.M.

49 «María Zambrano. Pensadora de la Aurora», *Anthropos*, (70-71) Barcelona, 1987.

⁵⁰ Ortega y Gasset, José: «Lector», *Meditaciones del Quijote. La deshumanización del arte*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Argentina, S.A., 1942, p.30.

⁵¹ Zambrano, María: *De la Aurora*, Turner, Madrid, 1986.

desenvuelta expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos. Éramos tres o cuatro personas que nos acompañábamos y nos disimulábamos la desesperación. Porque, sin duda, donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros. De ahí empezamos ya a verla con sus ojos azules, que nos daban la impresión de algo un tanto sobrenatural que se hacía cotidiano. Yo recuerdo aquellos años como los mejores de mi vida. Y usted estaba y penetraba en la Cuba secreta, que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada.⁵²

VI. CINTIO VITIER: EL TIEMPO ÉTICO

1

En 1968, Cintio Vitier, en una conferencia autobiográfica que tituló «El violín», expresaba: «Toda mi poesía, cualquiera que fuese su calidad literaria, había sido una búsqueda del conocimiento».¹ Lezama Lima, en un poema que le dedicara al autor, le preguntaba: «¿Pesa el conocimiento como cae el brazo?»² Porque, en efecto, para historiar la labor crítica y ensayística, e incluso la poesía, de Vitier, hay que partir de la convicción de que el signo supremo de toda su obra y de su vida ha sido su pasión amorosa por el conocimiento, el cual ha adquirido para él la calidad de un destino. Si ese impulso atraviesa toda su poesía, con qué intensidad no se revelará entonces en su ensayística. Es por eso que, en última instancia, ante su obra se está siempre frente a la presencia deslumbrante de un intenso pensamiento poético. Ya Eliseo Diego se refería a los ojos fijos de su lucidez, pero, se debe acotar enseguida: conocimiento, pensamiento, lucidez poéticos.

Hijo del importante pensador cubano, Medardo Vitier, su obra comenzará signada de una manera entrañable por esta inmediata ascendencia. Fue precisamente su padre quien le propició su primer contacto profundo con la poesía, al relacionarlo con la obra de Juan Ramón Jiménez. Se inició entonces lo que se convertiría posteriormente en una inextricable e incesante contaminación entre su obra discursiva y su poesía. Esa experiencia derivó enseguida en la publicación

52 Lezama Lima, José: «Carta a María Zambrano», fechada en La Habana el 31 de diciembre de 1975, en *Cartas (1939-1976)*, introducción y edición de Eloísa Lezama Lima, Editorial Orígenes, Madrid, 1979, pp. 78-79.

1 Vitier, Cintio: «El violín», en *Unión*, La Habana.

2 Lezama Lima, José: *Poesía completa*, Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1985, p. 331.